



Fue un científico eminente, con honda preocupación social, cuyo nombre está fundamentalmente ligado al Instituto Católico de Artes e Industrias (ICAI).

Madrileño, nacido el 28 de agosto de 1875, ingresó sin tener aún 14 años en el noviciado jesuítico de San Jerónimo (Murcia). Hechos los estudios humanísticos y filosóficos, enseñó ciencias en el colegio de Chamartín (Madrid) y cursó ciencias físicas en la Universidad de Madrid. Estudió la teología en Enghien (Bélgica) y Valkenburg y practicada la tercera probación en Manresa (Barcelona), fue destinado al ICAI, inaugurado el año anterior.

Recorrió Europa, cosechando iniciativas para concretar la intuición original del P. Ángel Ayala, fundador del Instituto. Tres eran las ideas-clave que presidían la concepción de Pérez del Pulgar sobre el ICAI: estudios libres, que, al margen de los planes oficiales, respondieran a las necesidades españolas; estudios prácticos, en los que los futuros ingenieros armonizaran la teoría con talleres y laboratorios; estudios integrales, con una formación que fuera, a la vez, religiosa, humana y técnica. Aunque el Estado no reconocería estos estudios hasta 1950, ya lo habían hecho, mucho antes, las empresas y la sociedad.

Hasta 1931, enseñó en el centro, impulsó la idea original y atrajo colaboradores, pero el incendio del edificio (11 de mayo de 1931) por las turbas, a menos de un mes desde la proclamación de la II República (14 de abril), y el subsiguiente decreto (23 de enero de 1932) de disolución de la Compañía de Jesús, obligó al ICAI a trasladarse a Lieja (Bélgica), donde se asoció al Institut Gramme de los jesuitas belgas. Fue el alma del traslado y de su continuidad. Estaba en Madrid, examinando a los aspirantes al ICAI cuando empezó la guerra civil (1936). Tras cinco meses de clandestinidad logró refugiarse en la Embajada de Bélgica. Por medios diplomáticos pasó a la Zona Nacional, a Valladolid, colaborando con la Junta Técnica del Estado. Terminada la guerra (1939), trasladó el ICAI a su sede de Madrid, empezando el curso en octubre de ese mismo año.

El campo de Pérez del Pulgar era la electricidad, especialmente dos aspectos importantes de ella: el transporte energético sin hilos, por ondas, y la distribución de intensidades. Su ansiado proyecto era el de una Red Eléctrica Nacional. Escribió más de cien publicaciones científicas de valor. Su prestigio le hubiera permitido permanecer en España tras la disolución de la Compañía de Jesús, pero rechazó la propuesta.

En 1929, las firmas de seis mil obreros obtuvieron para Pérez del Pulgar, siempre preocupado por ellos, la Medalla de Oro del Trabajo. Su última actividad fue la reforma del sistema penitenciario español, mediante la redención de penas por el trabajo -un ejemplo más de su inquietud social-. El gobierno reconoció sus servicios prestados a la ciencia en España al concederle a título póstumo (25 de noviembre de 1940) la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio.

Ante todo, fue un sacerdote y un formador de hombres; esta vivencia dio unidad a sus diversas tareas. Su tiempo estuvo lleno de actividades formativas y paraescolares (Asociación de Ingenieros del ICAI, revista Anales, etc.) y del interés por sus alumnos, en los que dejó profunda huella.

